Alabanza del Olimar

NUMERO EXTRAORDINARIO **EL DIA** MONTEVIDEO, MARZO 10 DE 1953.

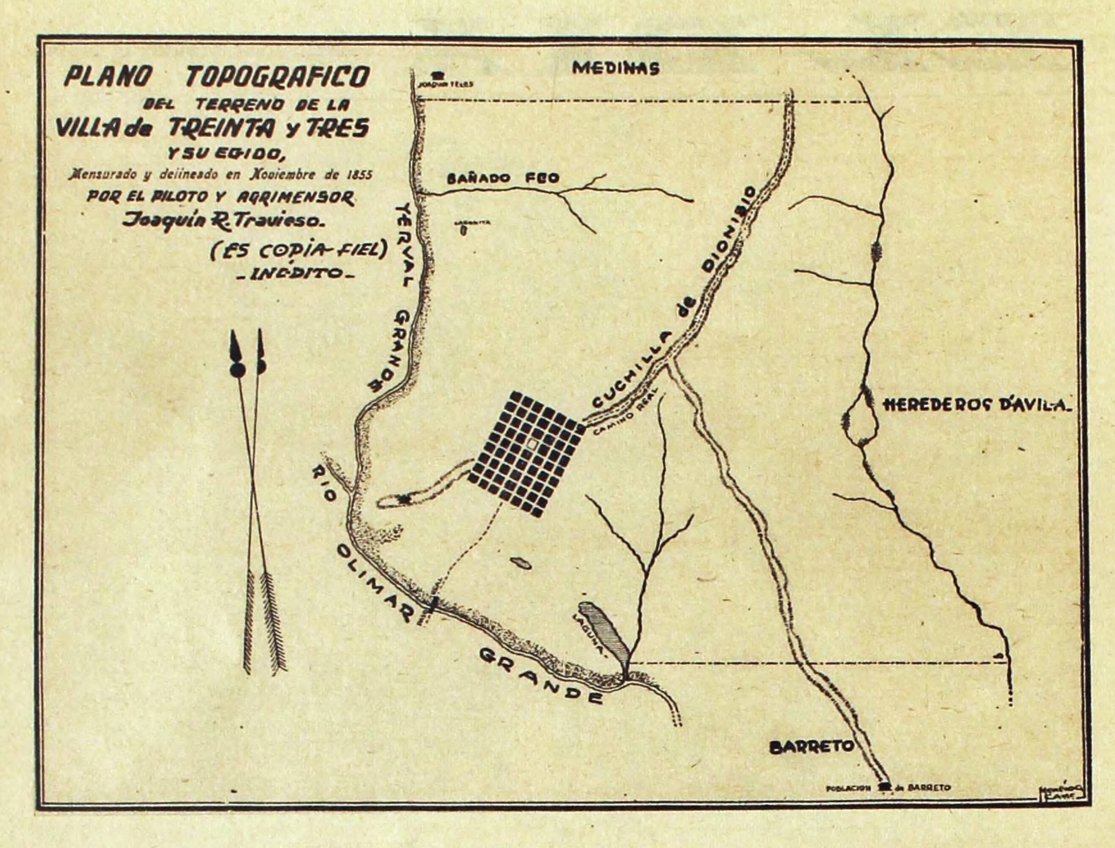


DEDICADO A CONMEMORAR EL CENTENARIO DE LA FUNDACION DEL "PUEBLO" DE LOS TREINTA Y TRES"

LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS.

Paisaje serrano, abrupto y magnífico por su belleza salvaje, con vegetación impetuosa y arboleda frondosa que cubre totalmente la roca, y cerros cortados casi verticalmente sobre el arroyo Yerbal Chico que lo cruza en continuos rápidos.

(Fotografía Juan Caruso)





Sello de madera que, sobre polvo de carbón o lacre, reproducen los documentos de venta de solares hecha por la "Sociedad del Pueblo de los Treinta y Tres".

EL CENTENARIO DEL PUEBLO DE LOS TREINTA Y TRES

TREINTA y Tres comienza a vivir, en lengua de tradición y aroma de leyenda, sus primeros cien años de historia...

Cuenta la tradición que hace más de un siglo, la extensión que hoy ocupa la progresista ciudad olimareña sobre las últimas estribaciones de la cuchilla de Dionisio, era un enorme chircal, dentro de dos grandes estancias — conocidas por de Telis y de Medina — en las que desde las cumbres de los cerros, se dominaban dilatados valles. Por las laderas de las cerrilladas serpenteaban los trillos de ovejas, ariscas a las embestidas de los perros cimarrones y a los ataques de los pumas hambrientos. Haciendas bagualas pastaban en suertes de campo sin alambrar. Entre las piedras grises de las serranías, se guarecían culebras y lagartos; y en la maraña de los pajonales, temibles cruceras. Dentellaban los lejanos horizontes, las sierras de Palomeque y las, aún hoy, misteriosas quebradas del Yerbal, con sus verdes helechos arborescentes y sus rojos arrayanes. Los osos hormigueros, que abundan en la región, hurgaban en la dura tierra de los tacuruses. Gambeteaban en libertad, bandadas de ñandúes, junto al alerta triscar de los tímidos venados. Tableteaba la trepidación de los tucutucos, en el silencio de la siesta entrecortada por la cristalería musical de las calandrias. En la espesura del monte, el tamanduá bandeira desafiaba la ira de los camoatís y las lechiguanas; y los gatos monteses hurtaban implumes crías en los nidos. Al atardecer, salían a la sombra de las abras y a las orillas ribereñas a procurarse alimento, el apereá, la mulita, la nutria, el tatú y el carpincho. En las noches de frío, el aire se almizclaba con el acre olor de los zorrillos, anunciando el buen tiempo. El monte criollo, generalmente achaparrado, lucía aquí gallardos ejemplares de tarumán, canelón, espinillo, sombra de toro, coronilla, mataojo, molle tala, guayabo, pitanguero, favorecidos su crecimiento o su corpulencia, por las dilatadas inundaciones que cubrían, por días y días, los campos bajos de las riberas de la intrincada red de ríos, arroyos, cañadas y vertientes. Entre la tupida fronda, asomaban, con la primavera, los rojos plumerillos del socará florecido. En uno de los boscosos recodos del río circundante, una de sus múltiples islas parecía mostrar en los troncos, todavía retorcidos por el fuego, los restos de una leyenda de amor, nacida en medio de la osadía y del sacrilegio...

Mucho antes de que la leyenda y la tradición nos alejen de la historia —para ser precisos, en la segunda mitad del siglo XIX· Treinta y Tres perfila su individualidad socio-geográfica, segura de su destino. Basta para corroborarlo, observar el antiguo sello de madera con que se autenticaron las primeras ventas de terrenos por la llamada "Sociedad del Pueblo de los Treinta y Tres", que presidió y dinamizó un cura catalán, José Antonio Reventós y Poch, a quien el más encumbrado historiador de la región, el doctor Francisco N. Oliveres, y el pionero de la época inicial, escribano Lucas Urrutia, coinciden en llamar "el fundador del pueblo". Dicho sello constituye el primitivo escudo solariego en el que se encierran y muestran, en campo oval partido por mitades, los elementos del blasón heráldico treintaitresino: el sol naciente entre las torres de la iglesia lugareña; una colmena con abejas en vuelo, símbolo de laboriosa riqueza; un barquichuelo con las velas desplegadas, representación del sueño irrealizado de buscar una salida hacia el mar, por los caminos fluviales del Olimar y del Cebollatí rumbo a la laguna Merim; por último, un campo en que descansan instrumentos de labranza y sobre el cual se enseñorea, gallarda y opulenta, una espiga de trigo... Sueños legendarios que, allá por 1855, un grupo de hombres progresistas y optimistas lanzaban, como flechas, hacia el porvenir.

Pero la historia requiere pruebas documentales. Y la más importante y fehaciente que aparece en la perspectiva del tiempo, se concreta en el Decreto del Poder Ejecutivo del 10 de marzo de 1853, que firman Juan Francisco Giró, como Presidente de la República, y el doctor Florentino Castellanos, como Ministro de Gobierno, en virtud del cual se convierte en Ley de la Nación, el proyecto presentado en 1852, por el senador por el departamento de Cerro Largo, coronel Dionisio Coronel, y sancionado por el Parlamento. Dice así:

"El Senado y la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, decretan con valor y fuerza de ley:

Artº. 1.—En la confluencia del Yerbal Grande con el río Olimar, inmediato al ángulo formado por las márgenes izquierdas de uno y otro río, sobre un área superficial de una legua cuadrada, se creará un pueblo, que se denominará el de los Treinta y Tres.

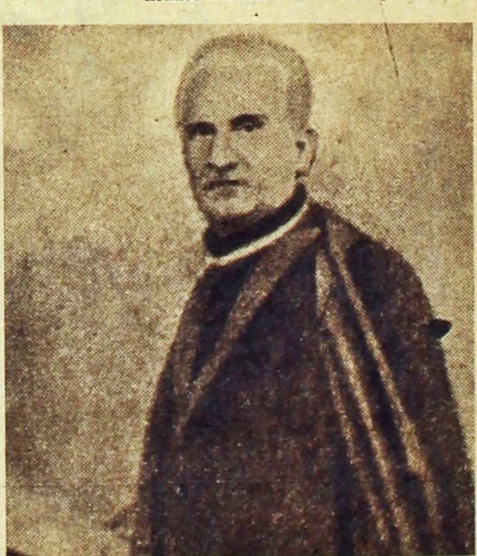
Artº 2.—El Poder Ejecutivo mandará delinear y dividir el nuevo pueblo en solares y chacras, por una comisión que se asociará al efecto a otra de la Junta Económico-Administrativa del Departamento



Dionisio Coronel que, siendo senador por Cerro Largo, presentó el proyecto de ley por el que se creó "el pueblo de los Treinta y Tres".



Joaquín R. Travieso, agrimensor español, que midió la legua cuadrada para la fundación del pueblo y del ejido de Treinta y Tres.



José A. Reventós y Poch, según el historiador doctor Oliveres, "el fundador de Treinta y Tres".



Miguel Palacio, en cuyo ataud, el 17 de agosto de 1883, fué depositada una enorme llave como "símbolo de haber sido el ***primer poblador de Treinta y Tres".***

Artº 3. — A costa de los fondos públicos, se edificará una capilla y una casa para escuela.

Sala de Sesiones, en Montevideo, a 7 de marzo de 1853.

Bernardo P. BERRO.

Juan A. LABANDERA.

Montevideo, marzo 10 de 1853.

Acúsese recibo, etc.

GIRO, Castellanos".

Promulgada la Ley, era preciso situar el pueblo sobre el terreno... El gobierno de la época no había previsto la forma de adquirir la extensión necesaria de tierra. Surge aquí, y por esto, la "Sociedad del Pueblo de los Treinta y Tres", que toma a su cargo el cumplimiento de la Ley: constituye una institución comercial, reúne accionistas y dispone adquirir una legua cuadrada del campo perteneciente a las estancias de Telis y de Medina, por la suma de dos mil quinientos patacones. Para que todo se desenvuelva dentro del mejor orden jurídico, se solicita a la Junta E. Administrativa, radicada en Melo, que disponga la mensura y delineación del que habría de ser futuro centro olimareño, pues debe recordarse que, en aquellos años, el actual departamento de Treinta y Tres no había sido creado, y la que es hoy, próspera capital, depe día de las autoridades del departamento del Cerro Largo.

Realizó las tareas ordenadas por la Junta melense, un piloto español, el agrimensor Joaquín Ramos Travieso, a quien acompañaron, para legalizar el acto, el coronel Dionisio Coronel y el cura José A. Reventós, respectivamente, Jefe Político y Presidente de la Junta E. Administrativa de Cerro Largo.

Como podrá verse en el plano, el agrimensor Travieso, en 1855, mensuró y delineó 63 manzanas cuadradas, de conformidad con la clásica disposición en damero, que se distribuían dentro de un rectángulo de siete cuadras por nueve, quedando el resto, — hasta completar una legua cuadrada— para ser distribuído en tierras de labranza. Contemporáneamente, la "Sociedad del Pueblo de los Treinta y Tres" fué enajenando solares.

Como el agrimensor Travieso no pudo amojonar la zona destinada para chacras, llevó a cabo esta tarea, en 1861, el agrimensor Máximo Amorim y Brun, quien trazó, con variantes topográficas sobre el anterior plano fundacional, el que publicamos: en él se determinan 52 chacras en el Ejido y la planta urbana se amplía a 121 manzanas, distribuídas en un amanzanamiento cuadrangular, de once cuadras por lado.

Todo parecía que continuaba para bien; pero... la promisoria realidad se enmaraña en el apasionamiento pueblerino con que se plantean los problemas edilicios que son natural consecuencia de la inexperiente vida local y de los acontecimientos políticos locales y nacionales, a los que no podía, ni pudo, estar aquélla ajena. Cuando el Agr. Amorim y Brun delineó el centro poblado, el floreciente pueblo tenía unas pocas casas de ladrillo, adelantada la fábrica para la escuela y la capilla, y habilitados varios ranchos de adobe y palo a pique. Algunas de estas construcciones, con el apresuramiento de sus habitantes en el afán de instalarse, habían sido mal ubicadas y debieron ser reconstruídas. Esto y otras complicadas interpretaciones jurídicas sobre el alcance de las autorizaciones contenidas en el texto de los documentos de venta de solares, dieron motivo a los primeros litigios comunales que se agravaron y magnificaron con los tres resonantes pleitos por la propiedad municipal del Ejido.

Entre tanto, el 18 de setiembre de 1884, una Ley crea el departamento de Treinta y Tres, a expensas de Cerro Largo y de Minas, y el pueblo de los Treinta y Tres pasa a ser capital del Departamento.



¿Cuándo, históricamente, puede considerarse fundada la actual ciudad de Treinta y Tres?

Para Arbelio Ramírez y Carlos Rincón, que acaban de conquistar merecido premio por su erudito trabajo documentado, Treinta y Tres tiene una etapa *pre-fundacional* que se inicia en los últimos días de abril o primeros de mayo, y que no debió sobrepasar al mes de junio de 1853" cuando el agrimensor Travieso comienza a delinear sobre el terreno, las parcelas urbanas del futuro pueblo—; y una etapa *fundacional definitiva*, ubicable "dentro de los días 10 y 29 de noviembre de 1855", cuando "se reunen los vecinos para dar principio a la delineación del pueblo y a la elección de predios para edificios públicos". Se resumen, de tal modo, "fundación de hecho" con "hechos fundacionales", ante la imposibilidad de precisarlos en el tiempo.

El doctor Francisco N. Oliveres, sin discusión el más autorizado historiador treintaitresino, recogió la versión de que fué Miguel Palacio "quien inauguró el pueblo", cuando se fundó en 1853; vale decir, cuando por disposición legal, se creó "un pueblo que se denominará de los Treinta y Tres, sobre un área superficial de una legua cuadrada". Coincide Orestes Araújo al asegurar que la villa de Treinta y Tres "fué fundada en 1853 por una sociedad progresista". Creación y fundación serían, para ambos historiadores, términos sinónimos.

Lucas Urrutia, propulsor infatigable aunque discutido, del progreso treintaitresino, en su "Informe de la Comisión Auxiliar de Treinta y Tres a la Junta E. Administrativa del departamento del Cerro Largo", correspondiente al 31 de diciembre de 1872, dice: "...mi deseo y fuerza de voluntad por ser útil a esta localidad y mi residencia en ella desde 1855, o sea desde dos años antes de haberse edificado la primer casa de este pueblo". Tal afirmación no concuerda con lo que, más adelante agrega en el citado Informe: "En el mes de julio de 1855, no hay datos ciertos para determinar día fijo, se dió principio por el mismo señor Reventós a la formación del templo que hoy poseemos"... Puede conjeturarse que, *antes de construirse la capilla*, existiría un número reducido de construcciones —casas, ranchos— que justificarían su erección. Urrutia asegura residir, *desde 1855*; y, no obstante, afirma que, *dos años después*, se edifica la primera casa...

Ante la perplejidad que dejan los hechos que podríamos llamar históricos, las tradiciones del pago complican la determinación de fechas exactas. Cuenta una de ellas que, allá por 1851 en el lugar próximo a la confluencia del Olimar con el Yerbal Grande, se organizaron unas carreras importantísimas en que estaban en juego, tanto como el mérito de los parejeros, el prestigio de los caudillos de la región, coroneles Marcelo Barreto y Dionisio Coronel, de quienes dice Francisco J. Ros que, en tal oportunidad y en rueda de estancieros, "concibieron la idea de fundar a Treinta y Tres", realizándola Coronel al ingresar al Senado. Los preparativos de tales carreras determinaron la radicación accidental de centenares de paisanos que concurrieron desde lejanos pagos. Como la reunión del paisanaje, se prolongó por semanas, se jugó de lo lindo a lo mejor. Antes de que se corriesen las carreras y después de realizadas, estaban los pulperos comerciando, y las carretas de negocio, las carpas de las quitanderas y las enramadas improvisadas, convirtiéndose en ranchos; y el pueblo prácticamente, en marcha, puesto que la ocasión y el lugar invitaban a radicarse... para seguir tentando fortuna... Después, la distancia hasta Melo —unas treinta leguas;— o hasta Minas —cerca de cuarenta— que había que recorrer a caballo, en diligencia o en carreta, por malos caminos, en los que no faltaba la desagradable sorpresa posible con los gauchos matreros y en una época llena de zozobras guerreras, tiene que haber impuesto antes de que apareciese la Ley, la necesidad de formar un caserío para la más elemental convivencia. Y por último, este curita catalán, José A. Reventós, radicado en Melo, desde 1842, amigo personal de Rivera y de otros personajes influyentes de la época que no vería el momento de levantar un templo en lugar propicio para continuar su acción proselitista.

Por todo esto, entre lo histórico, que se pierde entre papeles documentales contradictorios y controvertibles, y la tradición, que vuelve sus ojos pensativos hacia un pasado legendario. nos parece muy bien que las autoridades de Treinta y Tres hayan tomado como fecha, segura y cierta para celebrar el Centenario de la ciudad, la de la promulgación de una ley que, por serlo, constituye muestra y jalón en el proceso democrático de la República.

José PEREIRA RODRIGUEZ.

Montevideo, marzo de 1953.

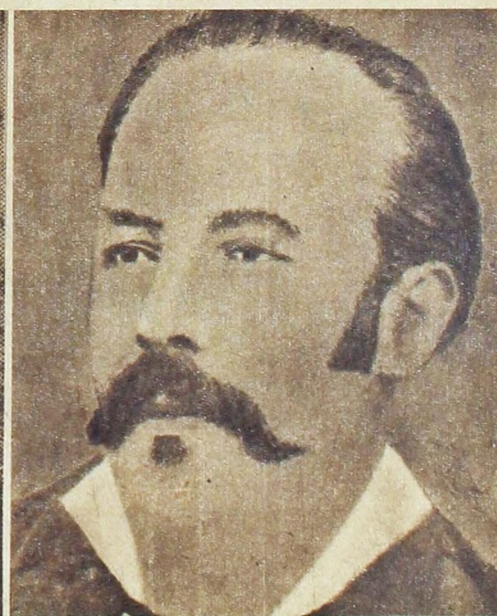
(Especial para EL DIA).



Anselmo Basaldúa, periodista y maestro bilbaíno, que enseñó en la primera escuela que funcionó en Treinta y Tres.



Escribano Lucas Urrutia, propulsor infatigable del progreso treintaitresino.



Máximo Amorin y Brun, agrimensor que determinó la zona de chacras del Ejido y amplió la planta urbana de Treinta y Tres.



Las calles Manuel Oribe, Juan A. Lavalleja y Manuel Freire convergen, en la perspectiva, hacia el Ejido.

VUELO SOBRE TREINTA Y

RESULTA curioso: cuando se va en vuelo y se mira hacia los lugares en que enraizó nuestro cariño, hasta las pequeñas cosas parece que se fuesen elevando, engrandecidas por el recuerdo, para volver a hacer nido en nuestro corazón. En cambio, cuando volamos sobre zonas desconocidas, aunque sean de naturaleza imponente, los elementos que las integran nos dejan la impresión de ser pequeñitos por obra de la distancia que nos los separan... Recordamos que sobrevolando por la majestuosa monotonía de la selva amazónica, un ilustre compañero de viaje nos llamó la atención para decirnos: "Observe los árboles gigantescos de esa inmensa zona verde que los cuenta por miliares: parecen repollitos de Bruselas"... Y, en efecto, mirando desde la altura de centenares de metros, por la ventanilla de la trepidante aeronave, aquellas copas, enormes en la realidad, semejaban, a la distancia, solamente "petits choux de Bruxelles".

Tal es nuestro pensamiento mientras volamos por el cielo de Treinta y Tres, en una mañana clara, para recoger unas notas gráficas de la ciudad olimareña y sus alrededores. El paisaje que abarcan nuestras miradas, parece abrillantado por las recientes lluvias. Nuestro operador, con ojo zahorí, va dispuesto a no perder detalle. Mientras él "apunta" con el objetivo de su máquina, nosotros le damos gusto al lápiz para ir describiendo lo que vamos viendo.

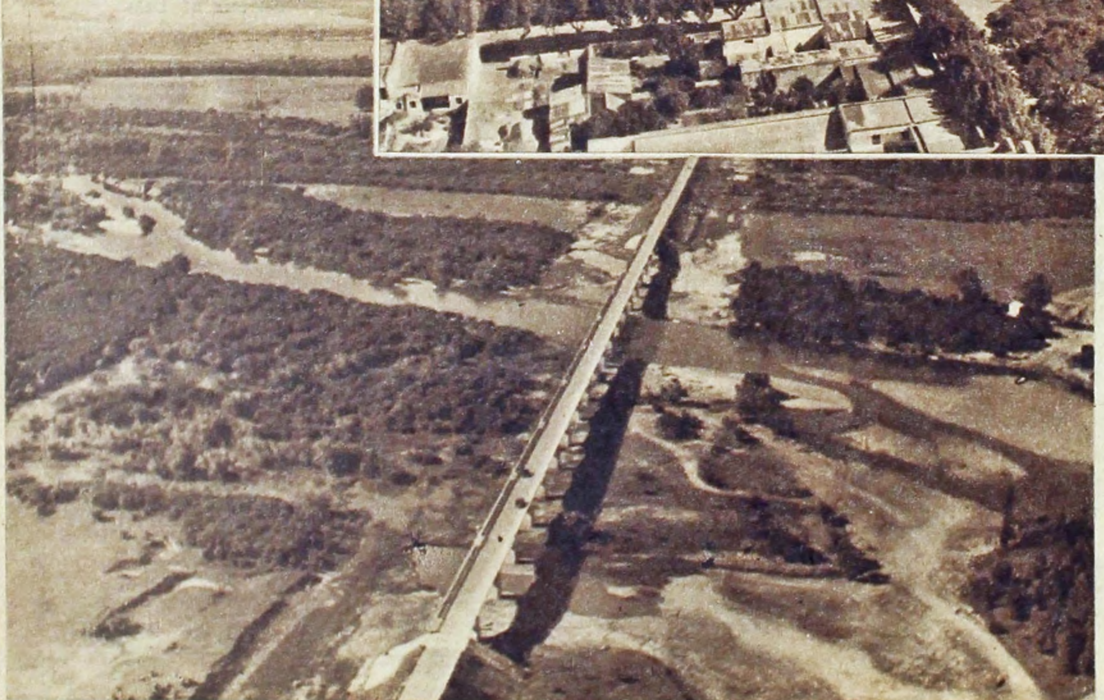
En las proximidades del antiguo Paso Real del Olimar, sobre el rubio arenal, deslumbrante al sol, que forman las aguas del río, se mueve lentamente una tropa, cansada de fragosos caminos, que abreva en el vado, en tanto que, quizás, cantan cardenales "patrias" y sabiás en el monte cercano.

De la visión de los "pampas", metidos algunos en la fresca corriente olimareña, van nuestras miradas, también en raudo vuelo, hacia los tres puentes que materializan afanes de tres épocas de la vida departamental. El puente carretero, denominado en todo el pago treintaitresino, el "puente viejo" o el "puente de madera", sumergible para las crecidas normales del río, que reemplazó, en 1908, a la antigua balsa que, como una enorme tortuga, bogaba, en la obligada dirección de la maroma, tendida de barranca a barranca. El puente del Ferrocarril, habilitado en 1911, con su férrea armazón, poniendo una nota de fuerza y de energía en el arco de la vía que pasa por la ciudad capital del Departamento. Y el orgullo pueblerino y obra magnífica de la ingeniería nacional, el puente Nuevo, realizado con sujeción a las más modernas técnicas de la construcción vial, en secciones de hormigón, cuyos terraplenes recorren centenares de metros y sus arcos en tramos gallardos, se elevan de modo que convierten la calzada en insumergible para los máximos desbordamientos del río.



La umbrosa Plaza 19 de Abril y sus aledaños. En la prolongación de las calles Juan A. Lavalleja y Manuel Oribe, el Liceo Departamental y al fondo las lagunas del Ejido.

El avión se eleva y prepara su marcha para volar sobre el centro poblado. Pasamos sobre la Plaza 19 de Abril, remozada por el actual Intendente Municipal. Nuestra imaginación vuela, también, en ese instante, y evocamos... Ya no muestra la Plaza aquella columna toscana, alta de siete metros, con capitel y cuatro temas pompeyanos decorativos, encima de la cual se erguía la estatua del General Juan Antonio Lavalleja, de pie, en traje militar, con la cabeza descubierta, "alta la frente y mirando al Sur, en actitud de desenvainar la espada en defensa de la independencia de la patria"... La hizo en portland, en 1886, el constructor José Ravagnelli, quien —cuenta la tradición— "esculpió" las botas granaderas de la estatua, rellenando de argamasas y ladrillos, unas botas auténticas de cuero crudo... Nosotros vimos la estatua —ya en tierra, adosada a una pared— que el último Intendente Municipal de la primera etapa, decidió bajar de la columna estriada que

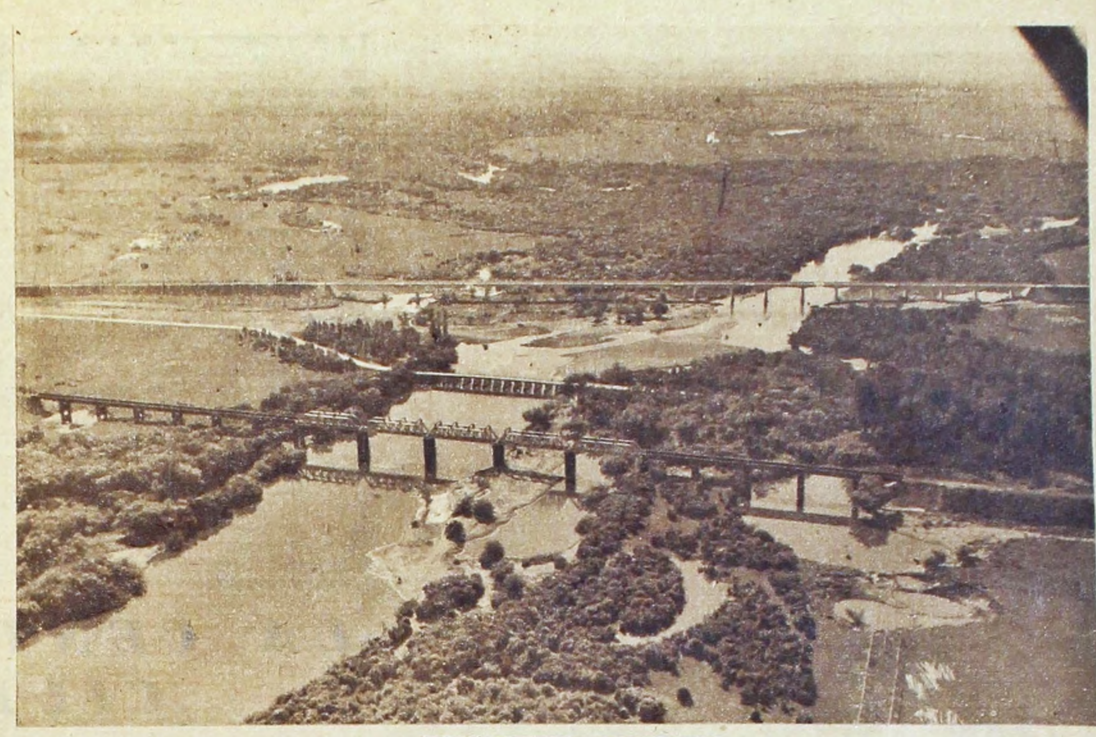


El magnífico puente nuevo, sobre los montes ribereños y el río Olimar

la sustentaba, y podemos asegurar que era realmente "monumental", con sus dos metros de altura...

El aviador torna a sobrevolar el Ejido. El fotógrafo nos llama la atención, en tanto "apunta" hacia la planta urbana, el objetivo. Comprobamos que el lugar que ocupa la columna destruída, está abarcado por una decoración de flores y de arbustos, a la espera del monumento que habrá de erigirse un día, en reemplazo del desaparecido... Rodean la Plaza, enjardinada en sectores simétricos, las vastas copas de las "tipas" que siendo "jóvenes" —pues las vimos plantar bajo la dirección del doctor Carlos M. Uriarte, entonces Presidente del Concejo D. de Administración— parecen "centenarias" por el corpulento desarrollo. Rebrillan al sol las calzadas hormigonadas de la ciudad limpia y las aceras nuevamente embaldosadas por decisión de los nuevos ediles. Los árboles dejan umbrosas orlas en las amplias calles del trazado cuadricular de la ciudad. Se destaca el amplio edificio de la Jefatura de Policía, y al frente opuesto, el viejo Hotel Oriental y el flamante edificio del Centro Progreso que, con el Democrático, constituyen los dos núcleos más representativos de las fuerzas vivas de la localidad. Bordeando la plaza, la sede de la Intendencia Municipal y el Colegio de las Hermanas Domínicas y la Iglesia lugareña, iniciada en 1855...

Lejos, sobre la cumbre de la colina, las edificaciones que forman el Hospital de Salud Pública, con sus rojos techos de teja



Tres épocas de la construcción vial. Los tres puentes sobre el río Olimar: el "nuevo", de cemento; el "viejo" de madera; y el del ferrocarril, de hierro.

TRES Y SUS ALREDEDORES



La ciudad hacia el Este: los edificios de la Jefatura de Policía, el Juzgado Letrado Departamental el Teatro Municipal. En primer plano: la Plaza 19 de Abril y el Centro Progreso.

y sus blancas paredes encaladas. En el camino, la noble fábrica del Teatro Municipal, obra del arquitecto Rodríguez Pocha. Y casi en el horizonte de la visión, el Cementerio Nuevo sobre la carretera, en las afueras de la ciudad.

Las calles rectilíneas muestran dilatadas perspectivas hacia el campo abierto y las chacras. Se ve el rojo entrecruzamiento de los caminos y las carreteras que llevan hacia los prósperos arrozales del Este o se tienden con rumbo al Sur, para abrirle ruta a la producción agrícola-ganadera departamental.

La línea férrea terraplenada parece ceñir con gran arco de rieles la ciudad, que es punto de partida para la frontera brasileña y centro comercial de una importante región, industrializada de sorprendente manera en estos últimos tiempos.

Eje de la poblada zona urbana, se tiende la antigua Calle Real, hoy Juan Antonio Lavalleja, en la que se encuentra el moderno edificio del Liceo Departamental, con sus dos plantas bien distribuídas y ya insuficientes para la progresivamente numerosa población liceal. Y en la calle paralela, Manuel Freire, la nueva Escuela Pública.

La ciudad se muestra en la plenitud de su progreso: bien cuidada, excelentemente trazada, renovándose día a día en consonancia con el impulso de redoblados afanes.

Desde lo alto, en cuanto abarca la mirada, se advierte el amor al árbol y a las flores, en la nota verdegay de los terrenos que completan las propiedades urbanas. El avión sigue sobrevolando bajo para que podamos recoger con la mayor nitidez, las características de la zona urbana, de la verde lozanía del Ejido y de las amplias lagunas de Arnaud y de las Lavanderas, esta última como embanderada por la policromía de la ropa tendida al sol de la mañana.

Cuando descendemos del avión, tenemos el recuerdo de una fiesta de color en las pupilas y comprendemos la satisfacción de quienes se aprestan alborozados a celebrar el Centenario del solar treintaitresino.

PEPECHEL.

(Especial para EL DIA).

(Estas fotografías fueron obtenidas en vuelo realizado por la cortesía del Aereo Club, de Treinta y Tres).



El Hospital de Caridad y sus alrededores, vistos desde el avión.

LA CENTENARIA CIUDAD DE TREINTA Y TRES

La fecha conmemorativa del primer centenario de fundación de la ciudad, se está festejando con la iniciación de grandes obras edilicias que habrán de transformar la lin·da capital del Departamento en un gran centro de población, por la importancia del plan de obras que ha sido aprobado, financiado y puesto en marcha.

Aquel humildísimo "pueblo de los Treinta y Tres" ha necesitado de pocos años de vida, que además fué nacionalmente azarosa, para convertirse en el centro regional de aho·a, y le bastarán otros pocos años para alcanzar aquella categoría de gran ciudad que está llamada a significar.

En los días que la visitamos, inmediatos a los de la conmemoración, acusaba la presencia de nutridas cuadrillas de obreros remozando la Plaza 19 de Abril, centro de la ciudad, con nuevo trazado de los jardines y caminos interiores de baldosas monolíticas, dejándose un gran espacio central con destino al futuro monumento a los "Treinta y Tres". Toda la instalación de alumbrado público ha sido modificada, sustituyéndose las lamparillas tendidas sobre la calzada por columnas de globos. Se ha hormigonado o se hormigonarán un subido número de calles, modificándose el trazado de alguna de ellas para convertirlas en avenidas con canteros centrales. Se han reparado y construído veredas. Se han pintado los frentes, y todo acusa, tanto en la población como en los servicios municipales, el afán patriótico de ofrecer la ciudad con inmejorable aspecto edilicio a los que la visitan asociándose a sus conmemoraciones.

La relación de las obras autorizadas es extensa, y abarca lo edilicio en la obra de la salubridad y saneamiento, con extensión de la red cloacal, baños públicos, etc., hasta las expresiones culturales, entre las cuales merece destacarse el de la construcción de un edificio para Museo Municipal de Bellas Artes, teniendo ya por donación, una excelentísima colección de obras pictóricas.



Dr. Valentín Cosio, Intendente Municipal del Departamento, a cuya acción se debe el plan de obras a realizarse y que dará tan grande impulso progresista a la ciudad de Treinta y Tres.



Monumento al General Artigas, y al fondo el edificio de la Escuela, en un amplio solar que será convertido en Plaza de las Américas.



TRADICION Y PRINCIPIOS

ORIENTACION

El Este

1953
FEBRERO
12
Jueves

SE AFIRMA:

VOZ DEL COMERCIO

Por la Patria y por la Democracia ¡ADELANTE!

RENOVACION Batllista

ORGANO OFICIAL DE LA DEPARTAMENTAL BATLLISTA

1953
FEBRERO
4
Miércoles

¡El Pueblo Reacciona!

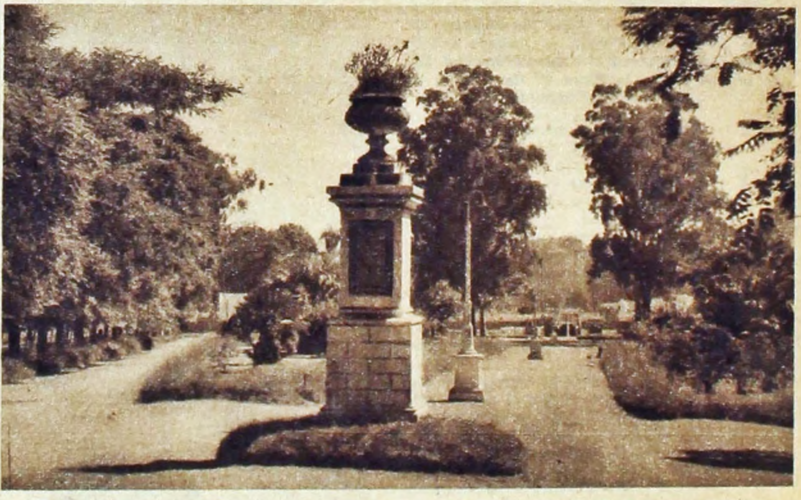
El Debate y los Herreristas

Doña Raquel Roldán de Goyenola

Cabezales de la prensa periódica que se edita en la ciudad de Treinta y Tres, debatiéndose los problemas regionales con el encendido verbo que es modalidad característica de nuestro periodismo lugareño.



El Club Progreso, frente a la Plaza 19 de Abril.



Plaza Colón, en la que, después de una total remodelación, se instalará el monumento al Pequeño Dionisio, obra de Belloni.

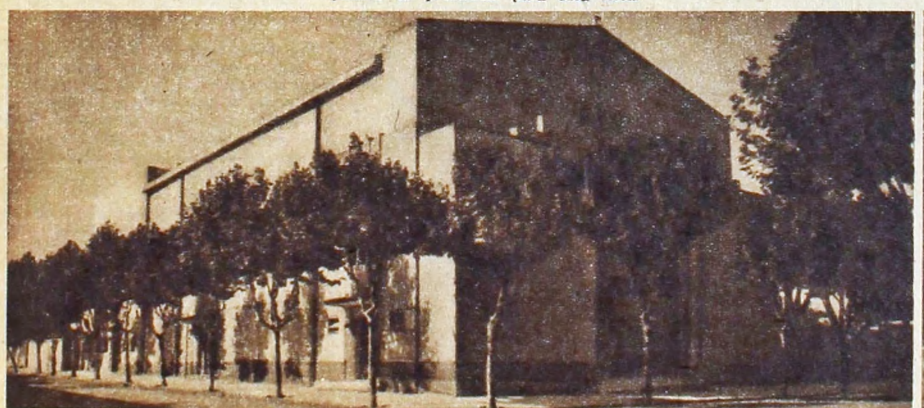
Plaza 19 de Abril, con bancos y columnas, y un nuevo trazado de jardines, lugar en que se levantará el monumento a los "33".



Un conjunto de atletas que actuaba en la *Plaza de Deportes*, y su Director, quienes a nuestro pedido se prestaron para esta nota.



Trazado de la plaza con losas monolíticas y nuevo enjardinado.



Teatro Municipal, una de las salas teatrales de mayor amplitud entre las existentes en el interior de la República, lugar en que se realizaran los espectáculos teatrales durante los festejos.



Casa en la que vivió *Lucas Urrutia*, conmemorándose con una placa al frente del edificio, que ahora ocupa el Correo.



Policía montada que tiene a su cargo la recorrida vigilante de la Quebrada, propiedad del Estado, que nos prestó atenta colaboración para nuestro cometido informativo.



Espejo de agua del Yerbal Chico, uno e

LA QUEBRADA I

PASO estrecho y ásperamente pedregoso, desfiladero de frondosa vegetación en la serranía del Yerbal, es esta la más famosa de las quebradas que se forman en la abrupta cordillera, señalada con la estrella ingenua de los lugares de turismo en los itinerarios del país, como si el acceso a ello fuera cosa de más o de menos denuedo excursionista, cuando en realidad se trata de una fatigante expedición no exenta de riesgos. Y es en gracia a esas aglomeradas dificultades que la Quebrada de los Cuervos conserva su salvaje belleza natural, mundo elemental perdido entre las sierras, último refugio, tal vez, de especies animales ya desaparecidas en el resto del país, con frondosa y enmarañada arboleda, en ocasiones impenetrable, reserva de ejemplares de imponente grandiosidad, vegetación vigorosa y selvática que estalla impetuosa y agresiva.

Hasta aquí no ha llegado todavía esa forma de la estupidez turística que ansía perpetuarse grabando sus nombres y sus fechas en la piedra y en el árbol; como tampoco la codiciosa del comerciante que levanta un tablado para tapar el paisaje con el letrero de su agua de colores o su pasta para cualquier inutilidad. Este mundo se conserva adusto y primitivo, con el equilibrio propio de las edades primeras, ofreciendo lo más auténtico y entrañable de su linaje viril.

Solamente unos cincuenta kilómetros dista de la ciudad de Treinta y Tres, pero interminables por la lentitud a que obliga el camino serrano bordeado de piedras movedizas que desplazan el coche haciéndolo perder estabilidad, o la amenaza de piedras puntiagudas que intimidan. Sin otra brújula que la del baqueano, escudriñador de lejanías en las que descubre un punto de referencia a la que damos orientación, rodamos, realmente esa es la palabra, de la sierra al valle y otra vez a la sierra, tan pronto adivinando un trillo tenue entre los pastizales, o marchando paralelos a un zanjón hasta vadearlo, como escalando nuevamente las laderas montañosas, jadeante el motor, tambaleante el coche, con la sensación de irse volviendo pasos sobre lo andado, sorteando el pedregal alternativamente con el traicionero ojo de agua cubierto de costra terrosa que disimula la trampa en que apresarnos, y el temor de que el camino sea el mismo que ya hicimos y volvemos a repetir como una resonancia sin fin. No es un vano paisaje el que vamos descubriendo, sino la más estupenda escenografía serrana, con arrayanes solitarios surgiendo del pedregal como de una inmensa maceta, y el coronilla de copa perfecta ofreciendo amplia sombra. De las montañas, ya inmediatas, escapan inmensos tajos de sombra verde, densa arboleda que por centenares y centenares de metros cubren sus laderas, escalan las cumbres y caen como en cascada para desbordarse, ya en verdes brillantes, por el valle. A esta altura ya nos tonifica el aire serrano, aromatizado de resinas olorosas confundidas con el acre almizcle del zorrino, y un algo así como de humo de leña verde. Una gran soledad: en la lejanía un rancho a la sombra de un solo árbol. Un gran silencio, sin cantar de pájaros, con sólo una vibración sonora en el aire, un como a modo de bordoneo metálico, impreciso pero constante. En el cielo, a inmensa altura, planean los cuervos círculos perfectos con admirable elegancia de alas extendidas...

En imprevisto ensanche del camino, aparece la brusquedad de una inmensa grieta con arboleda de bronce. Estamos ya en la entrada de la quebrada famosa.



Un ombú ha destrozado la roca con cuña de raíces y crece potente como en una inmensa maceta de piedra. Al fondo, la serranía del Yerbal.

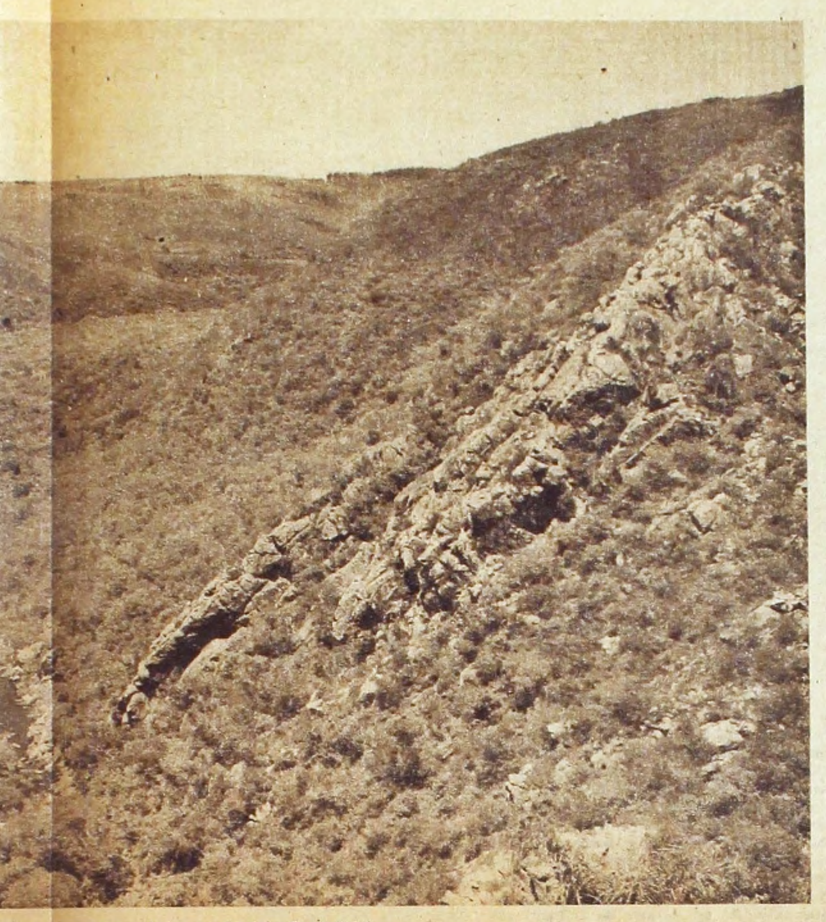
*

Por donación de don Francisco Oliveres, al que se debe homenaje, estos campos pertenecen ahora al Estado que los recibió para darles destino de Parque Indígena conservándoles su natural prodigioso, salvándoles a la inminencia de que por la especulación comercial fueran talados. Para entrar en ellos es necesario pues contar con el permiso, estando al cuidado de un puesto policial inmediato, de cuya ayuda para facilitar nuestra misión periodística queremos hacer aquí público agradecimiento.

Nos acompañaba desde Treinta y Tres quien fuera el último cuidador de la Quebrada, don Leandro Gómez, de mano franca, cordial el gesto y la palabra sobria. Le pedimos que fuera nuestro baqueano ya que era fama que la conocía como nadie:

—"Siempre que entré salí", dice sonriendo. Y aceptó pero desinteresadamente.

En el camino nos incorporamos otro gaucho de ley, el gaucho Brum, de esa sinigual



...no de los pocos claros en la bóveda vegetal.



Don Leandro Gómez y el gaucho Brum, que fueron nuestros amigos, guiándonos por el intrincado laberinto de la Quebrada, y antes por el azaroso camino.

...DE LOS CUERVOS

caballerosidad de nuestra gente del campo, amigo de don Leandro, y suyas fueron las manos milagrosas que hicieron el prodigio del "mediodía".

*

Y empezó el descenso, más que peligroso, por paredones verticales de 10 y 15 metros, suspendidos de los arbustos para ir bajando ("¡no se prenda de rama seca!") Caruso descendía con la mano en alto sosteniendo la máquina y con la otra mano agarrándose a las piedras y a las ramas, sobre un abismo de cien o más metros, cuenca en la que corre y canta el agua del Yerbal, canto agrandado por la caja de resonancia de la bóveda arbórea, atracción sirenaica para nuestra fatiga y para nuestra sed. A poco andar ya nos perdimos de vista, y sólo por las voces nos fuímos guiando. Un poco más y al aire se enrareció, haciendo dificultoso el respirar. Los ramalazos nos impedían seguir avanzando con riesgo de los lentes. Un poco más de fatiga en el ascenso, y volvimos al altozano. Ya ni las voces de los demás se oían. El gaucho Brum nos guió por otra entrada, siguiendo el curso de agua de un manantial serrano, agua fresca y límpida, cantarina, con sabor amargo de raíces. Solamente el sediento de horas de sol, de fatiga, de insolación, es capaz de sentir la delicia de meter la cabeza en ese espejo de agua y beberla ansioso, golosamente, y sentirla luego resbalar por la cara como una caricia. Siguiendo es egajo de agua vamos penetrando en la enmarañada cuenca. A poco andar se produce un sacudimiento como de rebaño en fuga. Son "guasuvirás', venado casi inexistente en ninguna otra parte del país. El guía lo reconoce por las cagarrutas. Desde un claro se ve en lo alto de un risco a un chivo blanco con barbas bíblicas. El gaucho Brum nos va describiendo cuanto vemos, dándole a cada cosa un nombre de fonética indígena: ese arbusto del que nos hemos descolgado quedando prendidos de la corteza como si fuera una soga, es el "embirá" del que se hacen, efectivamente, "maneas", y cuerdas, tan resistente es su corteza; y aquel otro es el "cipó", gajo que se enreda a los árboles y puede servir de columpio, como los que siempre ponen a Tarzán fuera de riesgo; y ese otro el "ayuí", que es como un laurel florido. Y así va enumerando los árboles, agregándoles casi siempre una virtud curativa, o una propiedad mágica.

Desde las laderas, prendidas las raíces a las rocas como si fueran garras de animales gigantescos, crecen los árboles desmesuradamente en busca de la luz. Son palmeras gigantescas las que el higuerón abraza. Hay un ombú que en su tronco hueco caben escondidas diez personas, y da sombra como para una manzana de casas. Todo es así, magnífico, colosal, sin medida y sin proporción. Es el umbral de un mundo misterioso, amenazante. Cada árbol que sacude las ramas a nuestro paso, dejar caer arañas y gusanillos verdes; cada rama enroscada puede ser una víbora; se pisa la alfombra de hojarasca, y sentimos que algo huye bajo nuestros pies. Un ombú de copa inmensa se despuebla de cuervos al acercarnos...

Volvemos para atrás, separando para pasar una flora espinosa, hiriente, con flores azucaradas que atraen a los insectos y no perfuman; arbustos sin flor, pero de resinas aromáticas. Nos forman corona zumbadores jenienes que pican y levantan ampollas... Al llegar al altosano, se oye el canto del "carpintero". "Ahí llegan los demás", nos dice Brum. El pájaro avisa la presencia del hombre...

*

Se forma la rueda y corre el mate a la sombra de un arrayán, mientras se narran las peripecias. El fotógrafo siente el desencanto de que la máquina no recoge, por falta de luz, todas las maravillas de aquella cuenca. El asado desmiente a Brum, que ya antes nos había dicho que "asao apurao será cualquier cosa menos asao", pues apenas se vió...

La dulce paz del campo, la suave y aromática sombra de los árboles, el grave silencio, da un estado de beatitud. Empieza a caer la tarde y el camino es árduo para hacerlo sin luz. Antes de ponernos en marcha, el gaucho Brum limpia cuidadoso el palo que sirvió de asador y lo coloca sobre el arrayán. Interpreta nuestra curiosidad y dice:

—¡No lo vamos a dejar tirao, después que nos sirvió...

AMARUX.



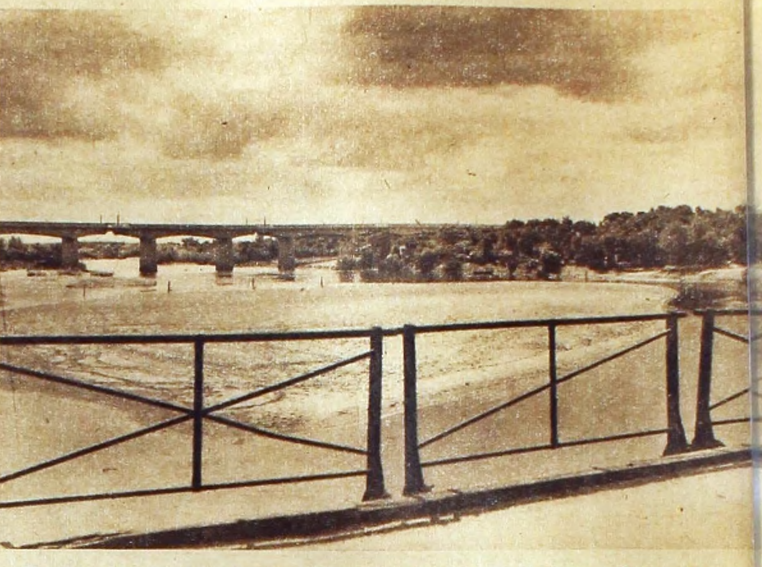
El Yerbai Chico, acrecido por el aporte de numerosos gajos de agua de los manantiales serranos, sale de la Quebrada, ganando el valle.



Aspecto de la Quebrada, ya cumplido el descenso de los paredones de piedra, entrando en el desfiladero, de cuya magnitud da idea la figura humana colocada en un risco.



El sol de mediodía abrasa el paisaje con su fuego. El río se desliza apenas. Y los grandes árboles dibujan manchas de frescura en la piel caliente de la tierra.



Un cielo amenazante y plomizo, cigarras que guitarrean en el monte ardiente, arenales de oro, corriente que divaga. Y en medio de este escenario, el diálogo entre el puente de la guardia vieja y el de la arrogancia nueva.

ALABANZA

TODAVIA los dioses indios navegan por sus aguas. Cuando el escudo de la luna llena brilla y los cañaverales se hincan en el viento, una procesión de divinidades emplumadas, tripulando canoas de timbó y empuñando remos de música, atraviesa la corriente del Olimar.

Pero sólo advierten esto los que tienen ojos para el milagro y oídos para el corazón de la naturaleza; sólo penetran el secreto de sus noches y el encanto de sus días los que aman las calandrias y acarician las madreselvas, los humildes que conversan con el lucero del alba y lloran con las lágrimas del rocío; sólo comprenden su hermosura los que viven heridos por el suplicio de las pasifloras, por la muerte de los grillos, por el drama mínimo de las efímeras.

Hoy los hombres ignoran que los ríos son dioses. Porque se olvidaron de ver, de oir, de interrogar a las fuerzas puras del aire, a los espíritus amables de las aguas, a las salamandras crepitantes del fuego, a los genios profundos de la tierra. Porque creen que el rumor de los motores es e himno a la gloria de la civilización cuando en verdad el alma no necesita otra mecánica que la de su gracia para conquistar el universo y la intimidad moral del hombre.

Por eso es bueno, para retornar a la edénica inocencia del ser, para aprender de nuevo a admirarse, ir a las orillas del río Olimar, pedirle su fragante mensaje de sabiduría, a recibir su perpetua lección de belleza.

Es el Olimar un río americano. Y decir esto es jerarquizar desde el caos al orden, desde la selva al puente, desde las potencias desencadenadas al soplo del espíritu. Pero sin llegar al sexto día de la creación. Los ríos americanos están aún en el tercero. Son fuerza, son pasión, son esplendor salvaje, son juventud del mundo.

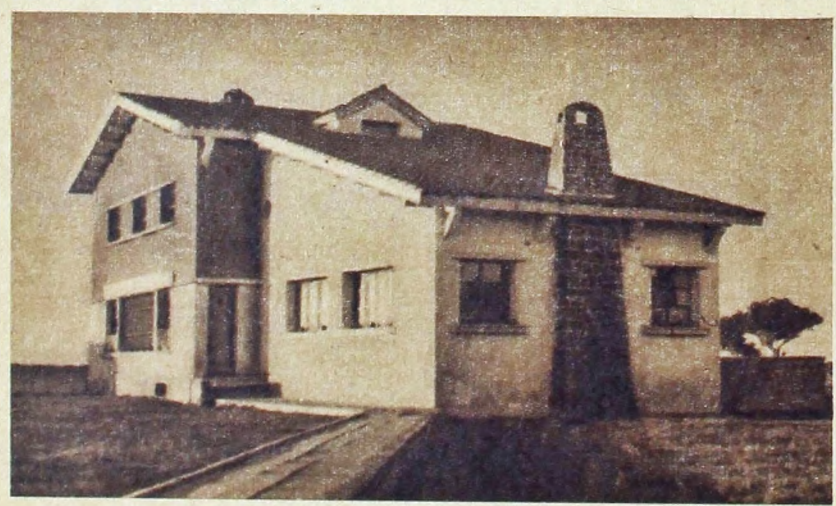
No busquemos en el Olimar otra cosa que su primitivismo, que su salud cósmica, que su misterio fluvial. El río Olimar no corre, como los ríos del viejo continente cercado por vegas donde el humus milenario de la civilización sustenta teorías de ciudad o primorosos huertos de aldeas. No lo navegan los barcos a vapor. No mancillan los detritus de las fábricas. No lo cautivan los canales. Sólo en su desembocadura despiertan las albricias del arroz, pero no para negarlo, sino confirmando su ejemplar magisterio.

Viene el Olimar desde las altas sierras, saltando como un mojado pájaro de roca en roca, puliendo guijarros agudos, estremeciendo raíces amargas, labrando las ajadas mejillas del planeta.

Sus nacientes discurren entre barrancos y despeñaderos. El agua del curso superior no puede reflejar el vuelo del cuervo que cruza allá arriba como un hollín del cielo porque su masa es nerviosa, convulsa, agónica. El río niño lucha y se crispa, padece y clama. Pero avanza, sortea los obstáculos, salva las hondonadas y después de zigzaguear, forcejear y bullir a lo largo de sesenta kilómetros encuentra terrenos más propicios y cuencas más acogedoras. Ya no son la roca agresiva y la garganta que resuella: un paisaje de colinas mórbidas y empastadas acoge al hijo de los manantiales y le da la sangre de las lluvias. La piedra ribereña se convierte en grama; la zarza, en leño; la mata de helechos, en árbol generoso. Corre ya el río con menos violencia aunque el declive topográfico lo lleva en andas, con prisa entusiasta, hacia los demorados llanos del oriente. Este es el curso medio del Olimar, que a través de setenta kilómetros atempera el júbilo de las vertientes y prepara a las aguas para la taciturna edad de la confluencia. Porque desde aquí en adelante el río cambia el ministerio de la pujanza por los claustros de la melancolía. La llanura lo toma en su abrazo dilatado, lo acuesta de confín a confín, lo nivela con apática inclemencia. El culantrillo tierno quedó lejos; lejos también quedaron los coronillas minerales, los viraróś sedentes, las tacuaras zumbadoras, los laureles paisajistas. Ahora se yergue triunfal la totora, se oy el bisbeo de la víbora, aletean los aéreos lanceros del pantano. Ahora la garza se adormece sobre su percha bermellón y las nubes se trenzan y destrenzan en el espejo de los bañados. Todo es lento, pausado, caviloso. Grita el chajá y su grito rueda enhebrando las horas quietas. Luce el sol y las siestas tienden una sabana de fuego sobre el húmedo cuerpo de los tem-



La vegetación levanta su verde sinfonía sobre los barrancos. Y sumergidos en las



Parador en La Charqueada.



Aguatero en el Cebollatí.



Paso de la Laguna, en el Olimar.

DEL OLIMAR



aguas mansas del Olimar los bañistas buscan un fresco refugio contra los ardores del estío.

bladerales. Crece la noche y sus estrellas coramberas estaquean la piel empapada de los esteros. Apuntan las barras del día y sus lingotes caen sin ruido, sin redobles de pájaros, sin desperezos de flores, en los embalses putrefactos donde el fangal suspira.

Unicamente el hombre ha sabido convertir los pantanos en sementeras, repitiendo una vez más la parábola rodoniana .

Pero a lo largo de los tres actos de esta tragedia natural; qué espontaneidad creadora, qué lenguaje elocuente, qué dignidad expresiva!

Un río nace, crece y muere. En su derredor brilla la gema planetaria de un departamento mediterráneo y conmovido. Todo Treinta y Tres asiste a la pasión y transfiguración de su río. Toda una historia de hombres duros y mujeres dulces se asoma en sus remansos. Estancias y pericones, patriadas y rodeos, contrabandos y pronunciamientos, caen en sus remolinos. se enredan en sus lianas ribereñas, se encienden en las flores del ceibo que lo azuzan con su alarido rojo y en el clarín de las campánulas que lo incitan con su diana celeste.

El Olimar fué cuna de varones sin miedo y de toros sin marca. Su centella de aguas azota el espinazo arisco de un mundo provinciano y emprendedor a un tiempo, estimula la inquietud de muchachas audaces que ya no sueñan con la laguna de las Lavanderas sino con la conquista de la lejana ciudad tentacular.

Río antiguo, río nuevo, río eterno: que tu canto marcial y tu serenidad meditativa se trasmita al corazón de las poblaciones que en ti se miran. Que tu parábola geográfica sea ejemplo para los hombres que buscan su destino. Que tus galopantes melodías serranas, que tus nostalgias indias, que tu ternura colonial, que tu heroísmo patricio, que tu cólera insurgente, sean estrellas del cielo de Treinta y Tres, polvo de los caminos de Treinta y Tres, techo de los hogares de Troenta y Tres, sombra de los árboles de Treinta y Tres, símbolo de las virtudes de Treinta y Tres.

Yo, que nací junto al río Uruguay, desde el oeste de la patria te saludo, porque tú me adoptaste un día para brindarme la sal de tu hermosura, el vino de tu amistad el pan de tu gracia hospitalaria, el cántaro samaritano de tu ciudad que da de beber al sediento. Pero mi sed por ti no se ha colmado: Volveré siempre a tu solar relampagueante, a tu cosmovisión emotiva, a tus gentes que viven sin prisa porque saben sonreir, amar y esperar, a tus arenales de oro, a tus mariposas de niebla, a tus florestas bíblicas, a tus esteros fecundados, a tus leyendas y a tus realidades.

Hijo de las sierras, hermano de los hombres, padre de los cultivos: del cielo vienes y no llegas a la mar. Eres todo nuestro, criollo de la raíz al copete, del tuétano a la uña, del ayer al siempre. Por eso yo desando caminos viejos, beso tus orillas, elogio tu aventura, exalto tus prodigios, y me voy aguas abajo, cantando contigo, al encuentro del sol que se alza sobre las lagunas.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Desde las frondas del parque profundo y oloroso se ven resplandecer las aguas del río paterno.



No siempre el Olimar es plácido y sonriente. Cuando su caudal aumenta con las lluvias invernales arrambla todo a su paso. En el año 1950 subió 8 metros 30 sobre su nivel normal.



Paso del Dragón.



Balsa sobre el Tacuarí.

Club Aeronáutico de Treinta y Tres



COMO todas las corporaciones similares del país, este Club Aeronáutico de Treinta y Tres tuvo su primer impulso en el espíritu deportivo de los fundadores, quienes a costa de sus esfuerzos, en muchos casos a costa de sus sacrificios económicos, crearon la corporación, no sin vencer las dificultades naturales que ofrece toda empresa, sino también las que se concilian afectivamente. Es arriesgada sin duda la contingencia de volar, pero magnifica el pensamiento del peligro el convencimiento de que aquel aparato endeble no es sino un conjunto de telas y alambres desafiando a las fuerzas de la naturaleza, y no hay quien, aún ahora que ya está acreditado el vuelo como uno de los medios de transporte más seguros, no sienta al ver volar un aparato el temor de que se desplome en vertical. Fué necesario, por lo tanto, mucho denuedo en quienes, corriendo esos riesgos reales y esos esfuerzos pecuniarios, además de violentar el sosiego de quienes por amarlos temían por su integridad, se sacrificaron para asentar la corporación, y prestigiarla, transformando lo que fué ánimo deportivo solamente, en una facultad casi milagrosa que de pronto adquirían estas poblaciones espaciadas del interior de la República: la facultad de abreviar al mínimo lo que eran distancias que los malos caminos hacían inmensas; el poder concurrir con prontitud a la demanda urgente; el crear la ambulancia sanitaria aérea; el adquirir, por esa facultad de poder volar, que tiene mucho de divina, una conciencia solidaria, espíritu amplio como corresponde al visionario de extendidos horizontes.

Estas corporaciones de aviadores civiles son verdaderas militancias de servicios públicos que merecen el prestigio de que disfrutan, pero también el apoyo generoso de las colectividades regionales y especialmente del Esado. Tenemos propia experiencia de la cordialidad desinteresada con que hemos sido siempre atendidos cuando, para cumplir nuestro cometido periodístico, hubimos de recurrir a la abnegada disposición de estos auténticos señores del aire.

De ese reconocimiento queremos hacer pública manifestación.



UN ALTO EN EL CAMINO

EL sol es un ojo colérico en la frente del día. Su mirada de ciclope calcina las cerrilladas. Los pastos se arrodillan ante su pupila de oro. Y en un paraje de Treinta y Tres, indiferentes al calor, a la sed, al rabioso rebenque del verano, los paisanos celebran una feria ganadera.

Vinieron novillos del norte y del sur, del este y del oeste. Unos llegaron rumiando los tréboles ensangrentados de Tupambaé y otros provienen de los potreros fragosos y escondidos de María Albina. Aquellos traen en sus cogotes las hojas amargas de los arbustos de yerba mate y éstos enseñan en sus paletas el floreo cáustico de los tábanos de la Laguna Merin.

Y tras ellos y con ellos han caído al local-feria los hombres de Isla Patrulla duros y hondos; los morenos del cerro de la Azotea, con aliento que trasciende a cachaca bayana; los jinetes del arroyo de las Averías, que tienen cejas de matorral y voces de agua despeñada; los criollos del Rincón de la Catumbera, luciendo botas sucias de arena y moviéndose con ademanes lentos, espejados, de enjundia solemne y viril.

La mañana se llena de mugidos, de relinchos, de gritos. Una voz en cuello oferta; otras voces lo pialan y derrotan. Crece la puja; la algarabía aumenta; los caballos montados caracolean y los otros se asan despacito en el palenque; las guampas semilunares como agudas góndolas, navegan en un océano de polvo... Y contrastando con este cuadro abigarrado, ardoroso, de energía coruscante, a la sombra de los grandes árboles se doran los churrascos, se venden refrescos y quitandas, los viejos dan vuelta mates interminables, y unos perrazos enormes, con la lengua afuera, se estiran con deleite, guiñan sus ojillos crueles y cazan al vuelo los moscones de poncho ve de que bordonean sin descanso.

Pero ya es hora de partir. Treinta y Tres nos tiende sus caminos. Sus campos quebrados y agrestes nos rodean. La palpitante visión del local-feria se aleja. Y sobre el paisaje entero, señor de los cielos y la tierra, se acuesta nuevamente el toro incendiado del sol. — D.













Homenaje al Inspector de Escuelas Sr. José Pereyra Rodríguez, ex-director del Liceo, con motivo de su alejamiento de la docencia. Lo rodea un grupo de profesores y alumnos de aquel entonces.



Los primeros egresados de Preparatorios. 1951.

40.o Aniversario del LICEO

SALVO las clases doctrinales de los primeros tiempos, catecismo y abecedario alternándose en la capilla de la incipiente población, no puede decirse que hubiera escuela sino hasta los años 1861-62 en que un español que había naufragado en las costas rochenses, don Ignacio García, y era que "poseía educación y cultura no comunes en esa época", tomó a su cargo la enseñanza. Casó el español y su esposa inició la enseñanza de niñas en el mismo local, separadas las "aulas" por una cortina, permaneciendo los alumnos de pie, y algunos, los menos, sentados. Tal era la escuela que en verdad tampoco debiera considerársele tal, pues según el historiador Francisco Oliveres, ineludible fuente de información cuando a Treinta y Tres se refiere, no había libros de ninguna clase, ni mesas, ni por supuesto tampoco había papel y pluma ni tinta. Con lo que queda dicho que sólo había el afán de aprender, que es



Primeros egresados del Liceo Departamental.



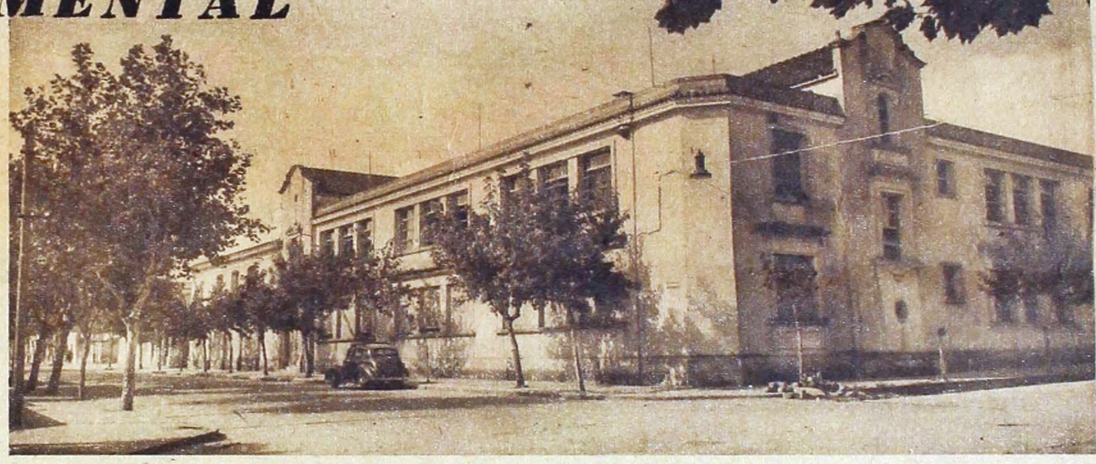
Primeras generaciones de estudiantes del Liceo.

DEPARTAMENTAL

lo que vale, y el de enseñar, que también cuenta mucho. Con eso y un pizarrón colgado en la pared donde se dibujaban las letras para que fueran conocidas por los niños, se empezó la batalla por la enseñanza.

Este principio ha sido, por lo demás, salvo variantes, el generalizado de todas nuestras poblaciones campesinas, hasta que la reforma valeriana y la enseñanza oficializada le dió aquel impulso de que son bellos los frutos actuales. Este tema de la enseñanza debiera haber figurado en este número con mucha mayor amplitud de la que, contrariándonos, podemos darle. Ha sido de práctica que, en toda ocasión que nuestros redactores del Suplemento visitaran las localidades del interior figurasen como tema obligado el de las fotografías de los alumnos del mayor número posible de centros de enseñanza. Pero esta vez ha coincidido con las vacaciones estivales que nos han limitado la información a lo que, por cortesía del señor José I. Olascoaga, Director del Liceo Departamental, ofrecemos en estas páginas. Justamente en estos días se ha cumplido el 40º aniversario de la fundación, y eso actualiza, en cierto modo, la publicación de las promociones que han pasado por esa casa de estudios, prestigiosa a justo título, que atrae el alumnado desde poblaciones distantes decenas de kilómetros.

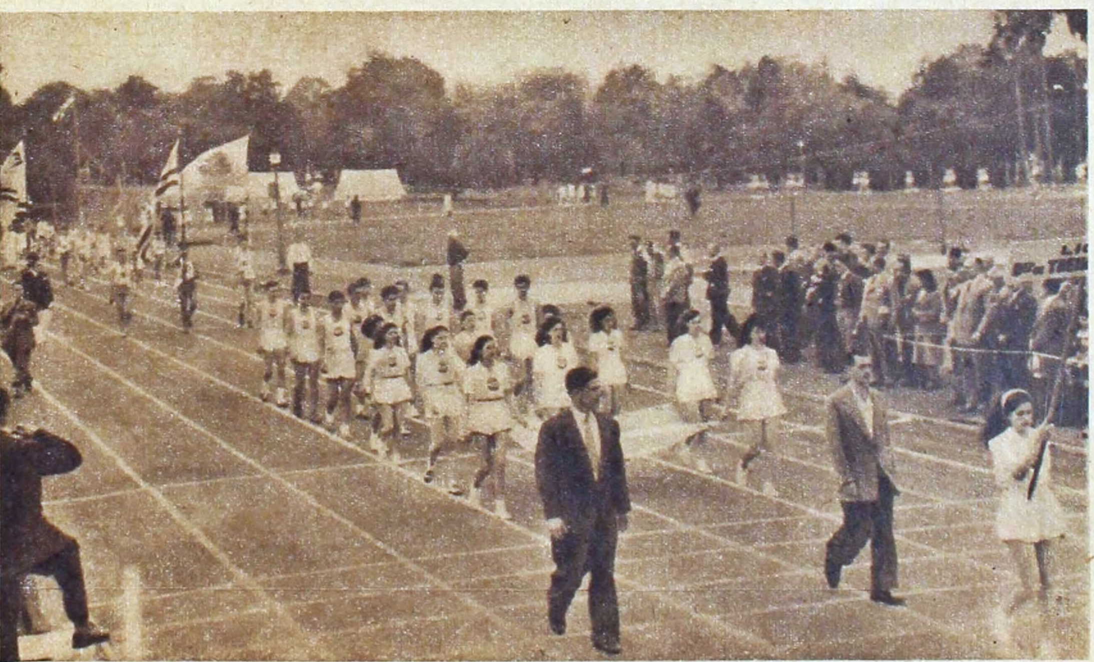
Sus aulas vacías conservan ese clima intelectual referido al mundo del espíritu por las infinitas pequeñas cosas que perduran en ellas, aun estando los alumnos ausentes: el rasgo perfecto de un dibujo dejado en el caballete, la excelencia artística, en algunos casos notabilísima, de una colección de óleos donados para Museo Municipal y exhibidos en estas galerías, las cerámicas, un magnífico salón de actos, amplio, claro, cómodo. Es la atmósfera en que se va formando el intelecto poniendo en movimiento el espíritu en un perpetuo superarse creador de la propia personalidad.



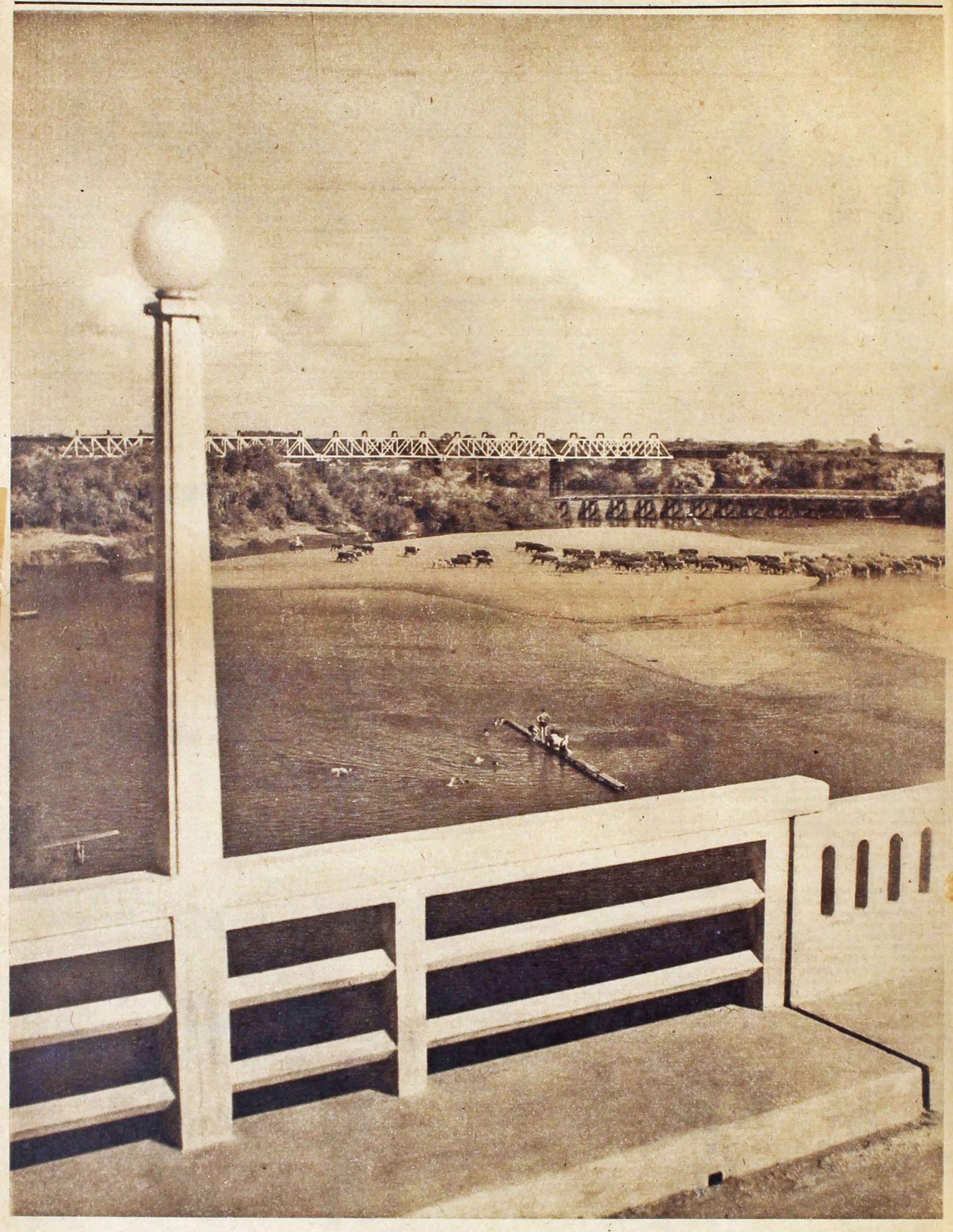
Edificio del Liceo Departamental de Treinta y Tres.



Entrega de diplomas a los alumnos egresados del mismo año.



Atletas del Liceo Departamental de Treinta y Tres, desfilando por la pista de Atletismo.



DEDICADO A CONMEMORAR EL CENTENARIO DE LA FUNDACION DEL "PUEBLO DE LOS TREINTA Y TRES"

LOS TRES PUENTES DEL OLIMAR.

Vista tomada desde el puente "nuevo" que recoge el antiguo puente de madera y al fondo el ferrocarrilero. Una "tropa" cruza por el Paso Real de Olimar, aprovechando una bajante del río. En primer plano un profundo remanso sirve de piscina balnearia.
(Fotografía Juan Caruso)